

Ismaíl Kadare

El general del ejército muerto

Traducido del albanés por Ramón Sánchez Lizarralde



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Gjenerali i ushtrisë së vdekur*

Primera edición: 2010

Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Albin Michel 1970 and Librairie Arthème Fayard 1998

All rights reserved

© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2010

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-390-3

Depósito legal: M. 288-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

- 13 Capítulo I
- 21 Capítulo II
- 32 Capítulo III
- 46 Capítulo IV
- 58 Capítulo V
- 73 Capítulo VI
- 86 Capítulo VII
- 104 Capítulo VIII
- 116 Capítulo IX
- 125 Capítulo X
- 135 Capítulo XI
- 167 Capítulo XII
- 178 Capítulo XIII
- 185 Capítulo XIV
- 201 Capítulo XV
- 210 Capítulo XVI

Segunda parte

- 229 Capítulo XVII
- 240 Capítulo XVIII

253	Capítulo XIX
267	Capítulo XX
291	Capítulo XXI
300	Capítulo XXII
309	Capítulo XXIII
316	Capítulo XXIV
332	Capítulo XXV
344	Penúltimo capítulo
345	Capítulo final

*Aquí los tenéis, tomadlos.
El terreno era difícil y el mal tiempo
se ensañaba con nosotros.*

Primera parte

Capítulo I

Sobre la tierra extranjera caía una mezcla de agua y nieve. La pista de cemento, los edificios, los guardias del aeropuerto estaban empapados. La nieve fundida bañaba la llanura y los cerros y hacía relucir el asfalto negro de la carretera. Si no hubiera sido el comienzo del otoño, a cualquier otra persona que no fuera el recién llegado general aquella lluvia monótona le habría parecido una triste coincidencia. El general llegaba a Albania procedente de un Estado extranjero, con el fin de repatriar los restos de sus compatriotas muertos en todos los rincones del país durante la última guerra mundial. Las conversaciones entre los dos gobiernos se habían iniciado en la primavera, pero los acuerdos definitivos sólo llegaron a firmarse a últimos de agosto, justo en el momento en que comenzaron las primeras precipitaciones. Era, por tanto, otoño y la lluvia caía a su tiempo. El general lo sabía. Antes de partir se había informado, entre

otros varios aspectos, acerca del clima de Albania y sabía que el otoño era allí húmedo y lluvioso. Pero aunque el libro que había leído dijera que en Albania el otoño era soleado y seco, a él no le habría resultado insólita aquella lluvia. Todo lo contrario, y la razón era que siempre le había parecido que su misión únicamente podía llevarse a cabo con mal tiempo. Puede que las lecturas y las imágenes de películas que acudían a su memoria no fueran ajenas a ese estado de ánimo, pero en todo caso el viaje en avión y el tiempo sombrío lo habían acentuado.

Durante largo rato había observado desde la ventanilla del avión la imagen amenazadora de las montañas. Se diría que sus agudas cumbres fueran a rasgar en cualquier momento el vientre del aparato. Por doquier tierras abruptas. Sombrías laderas que se precipitaban bruscamente bajo la niebla. En aquellos abismos y barrancos, por toda aquella vastedad invernal, se podría bajo la lluvia el ejército que él venía a exhumar. Ahora que contemplaba por primera vez la tierra extranjera, experimentaba con mucha más claridad el turbio miedo que le ocasionaba desde hacía muchos meses la sensación de irrealidad a la que estaba unida su misión. Su ejército estaba allá abajo, fuera del tiempo, inmóvil, calcificado, cubierto por la tierra, y él había asumido la tarea de alzarlo del barro. La sola idea le causaba temor. La suya era una misión antinatural, en la que la ceguera, la mudez y la absurdidad estarían siempre presentes. Las consecuencias eran impredecibles.

La tierra, que finalmente había hecho aparición abajo, en lugar de proporcionarle alguna sensación de seguri-

dad con su imagen real, había, por el contrario, acrecentado su miedo. A la indiferencia de los muertos se sumaba también la de ella. Mas no se trataba sólo de indiferencia. Había algo más. La loca carrera bajo la niebla, aquellos contornos tortuosos que parecían causados por el dolor no expresaban sino hostilidad.

Por un momento le había parecido imposible cumplir su misión. Después, penosamente, hizo esfuerzos por recuperarse. Trató de oponer al efecto de la visión hostil de la tierra y sobre todo de las montañas el sentimiento de orgullo por su tarea. Retazos de discursos y artículos, fragmentos de conversaciones, himnos, escenas cinematográficas, ceremonias, páginas de memoriales, campañas; toda esa reserva hundida en las profundidades de su conciencia salía lentamente a la superficie. Miles de madres esperaban en su país el regreso de los restos de sus hijos. Él se los devolvería, llevaría a término su alta y sagrada misión. No escatimaría nada. Ninguno de los caídos debía ser olvidado, ni uno solo quedaría en tierra extranjera. ¡Sí, la suya era una noble misión! Varias veces durante el viaje se había repetido las palabras que le dijera una ilustre y respetable dama antes de partir: «Como un ave orgullosa y solitaria, volarás sobre aquellas montañas trágicas para arrancar de sus gargantas y sus garras a nuestros desventurados hijos».

Pues bien, he aquí que el viaje tocaba a su fin. Desde que dejaran las montañas atrás y comenzaran a sobrevolar los valles y luego las llanuras, el general se sintió más aliviado.

El avión descendía sobre la pista mojada. Luces rojas, verdes. Un soldado con capote. Otro más. Ante el edifi-

cio de la terminal del aeropuerto varias personas con gabardina se dirigían hacia el avión que se detenía.

El general fue el primero en descender. Detrás, el sacerdote que lo acompañaba. El viento húmedo se estrelló con violencia contra sus caras y los obligó a alzarse los cuellos de los abrigos.

Un cuarto de hora más tarde sus automóviles rodaban velozmente en dirección a Tirana.

El general volvió la cabeza hacia el cura, que miraba silencioso por la ventanilla. Su rostro aparecía hermético, carente de toda expresión. El general comprendió que no tenía nada que decirle y encendió un cigarrillo. Luego volvió a mirar afuera. Los contornos de la tierra extranjera se le aparecían troceados y deformados por efecto de los chorros de agua que resbalaban por el cristal.

A lo lejos se oyó el pitido de un tren. El general intentó averiguar por dónde pasaría, si por su lado o por el del cura. Lo hizo por el suyo. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la niebla. Después se volvió nuevamente hacia el cura, pero el rostro de éste continuaba igualmente hermético e inexpresivo. El general sintió otra vez que no tenía nada que decirle; comprendió incluso que no tenía nada más en qué pensar. Ya lo había meditado todo durante el trayecto. Ahora estaba cansado. Era preferible no continuar agitando su cerebro. Ya era suficiente. Mejor sería, por ejemplo, comprobar en el espejo retrovisor si llevaba en regla el uniforme.

Caía la tarde cuando entraron en Tirana. La niebla se mantenía suspendida sobre los edificios, las luces y los troncos desnudos de los árboles de los parques. El general se reanimó. A través del cristal observaba a los nume-

rosos transeúntes que se apresuraban bajo la lluvia. Hay muchos paraguas aquí, se dijo. Querría haberle dicho algo al cura, pues el silencio ya empezaba a incomodarle, pero no sabía qué. De su lado vio una iglesia, más allá una mezquita. Del lado del cura se alzaban edificios inacabados, recubiertos de andamiajes. Las grúas, con sus luces como ojos rojos, se movían entre la bruma semejando monstruos. El general mostró al cura la iglesia y la mezquita, pero el otro no manifestó el menor interés. Eso significa que será difícil que le interese cosa alguna, pensó el general. Parecía encontrarse a gusto ahora, pero no tenía con quién conversar. El acompañante albanés viajaba delante del cura, mientras el diputado y un representante del ministerio, que los habían recibido en el aeropuerto, venían tras ellos en otro coche.

En el hotel Dajti el general se sintió en forma. Fue a su habitación y se cambió de uniforme. Luego bajó a la recepción y solicitó una conferencia telefónica con su familia.

El general, el cura y los tres albaneses tomaron asiento en torno a la mesa. Charlaban sobre asuntos diversos e intrascendentes. Eludían los temas políticos y sociales. El general se mostraba serio y atento. El cura hablaba poco. El general dio a entender que él era el personaje principal, aunque el cura hablara menos. Divagó sobre las hermosas tradiciones que la humanidad ha ido creando en torno a las exequias de los soldados. Mencionó a los griegos y a los troyanos, que honraban con gran magnificencia a sus muertos durante las treguas entre las batallas. Era muy entusiasta con su misión. Cumpliría cabalmente con aquel deber arduo y sagrado. Miles de

madres esperaban a sus hijos. Llevaban más de veinte años esperándolos. Es verdad que esta espera era algo diferente de aquella otra, cuando aún confiaban en que sus hijos regresasen vivos, aunque, de todos modos, también se espera a los muertos.

Él devolvería a esas madres los huesos de sus hijos, a quienes estúpidos generales no supieron conducir en la guerra. Se sentía orgulloso por ello. Y haría lo imposible...

–Señor general, su conferencia...

El general se puso en pie lleno de vivacidad.

–Discúlpenme, señores.

Con paso largo y majestuoso se dirigió a la centralita del hotel. Regresó con idéntica majestad, todo él resplandeciente. En la reunión se tomaba café y coñac. La conversación era ahora más cálida. De nuevo el general dio a entender que él era el principal personaje de aquella misión, pues el cura, aunque ostentaba el grado de coronel, en esta ocasión sólo figuraba como representante espiritual. Él era el jefe y como tal tenía el privilegio de conducir la conversación hacia los temas que se le antojaran: las marcas de coñac, las distintas capitales del mundo, los cigarrillos... Se sentía verdaderamente a gusto en aquel salón del hotel cubierto de pesados cortinones, percibiendo los sonos de la música extranjera, quizá incluso algo más que extranjera. Aunque siempre había apreciado la comodidad y los privilegios materiales –le encantaban los viajes al extranjero: había algo de excitante en el lujo de los grandes hoteles internacionales, en los aeropuertos provistos de pabellones de decenas de países, en las lenguas extranjeras–, encontró sorpren-

dente que se le despertara, así de repente, aquel apego al confort, la satisfacción ante todos los objetos que veía a su alrededor en aquella sala, desde los cómodos sillones hasta el zumbido agradable de la cafetera exprés. Más aún que apego, tal vez se tratara de cierta nostalgia premonitoria por algo que sentía que debería abandonar durante largo tiempo.

El general estaba radiante. Él mismo no era capaz de explicarse el motivo de ese acceso de imprevista satisfacción. Era la alegría del viajero que encuentra cobijo tras un trayecto peligroso bajo un tiempo adverso. La pequeña copa ambarina del coñac comenzó a desplazar progresivamente en su memoria la imagen pálida y amenazadora de las montañas que, incluso ahora, sentado a la mesa, lo asaltaba inquietante una y otra vez. «Como un ave orgullosa y solitaria...» Y de pronto tuvo conciencia de su poder. Los cuerpos de decenas de miles de soldados, cubiertos por la tierra, habían esperado largos años que viniera; y he aquí que por fin había llegado, cual nuevo mesías, provisto de mapas, listas y anotaciones infalibles, para alzarlos del barro y restituirlos a sus padres y parientes. Otros generales habían conducido aquellas columnas interminables de soldados al fracaso y el aniquilamiento, pero él venía a rescatar del olvido y de la muerte lo que hubiera quedado de ellos. Recorrería cementerios y cementerios por doquier, buscaría por los antiguos campos de batalla hasta hallar a todos los desaparecidos y extraviados. En su combate con el barro no conocería la derrota, pues estaba investido de la fuerza mágica que proporcionan las estadísticas minuciosas.

Él representaba a un país grande y civilizado; su labor debía estar por lo mismo marcada por la grandeza. Había, en efecto, en su tarea algo de la majestad de los griegos y los troyanos, de la magnificencia de los funerales homéricos. ¡Ah, boquiabiertos quedarían los albaneses de innumerables paraguas!

El general apuró una copa más. A partir de esa misma noche y en adelante, cada día, lejos en su país, todos los que esperaban dirían de él: «En este mismo momento está buscando. Nosotros paseamos, vamos al cine, al restaurante, al café, mientras él recorre de un confín a otro la tierra extranjera y busca. Busca, abre tumbas. ¡Ardua tarea la suya! ¡Pero él sabrá llevarla a buen término! ¡No en vano fue el elegido! ¡Que Dios le preste ayuda!».

Capítulo II

La exhumación del ejército dio comienzo el 29 de octubre a las dos de la tarde.

El pico emitió un sonido sordo al hundirse en el suelo. El cura se persignó. Saludó marcialmente el general. El viejo obrero de los servicios municipales alzó de nuevo su herramienta y golpeó la tierra con fuerza.

Así pues, ya hemos comenzado, se dijo conmovido el general, observando los terrones mojados que rodaban a sus pies. Era la primera tumba que abrían y todos se mantenían expectantes en torno, como petrificados. El experto albanés, un joven de buena planta con el cabello rubio y el rostro enjuto, tomaba notas en su cuaderno. Dos de los obreros de los servicios municipales fumaban un cigarrillo, mientras un tercero chupaba su pipa con fruición y el último, el más joven, vestido con un jersey de cuello alto, se apoyaba en el astil del pico y observaba el cuadro con aire pensativo. Debían aprender el proce-

dimiento que habrían de seguir en adelante en las labores de exhumación, y todos seguían atentamente la maniobra. Los detallados pormenores preceptivos figuraban en los párrafos 7 y 8 del cuarto anexo del contrato.

El general clavó los ojos en el montón de tierra que crecía a los pies del obrero. Los terrones eran negros, quebradizos y despedían un leve vapor.

Ahí está, la tierra extranjera, se dijo. Una tierra como cualquier otra. El mismo barro negro, los mismos guijarros, las mismas raíces y hierbajos, el mismo vaho. Y sin embargo, extranjera.

A espaldas de ellos, sobre la carretera, se oía a intervalos el claxon de los coches que pasaban velozmente. El cementerio se hallaba junto a la carretera, como suele suceder con las tumbas de los soldados. Al otro lado las vacas pastaban y su mugido espaciado se difundía con mansedumbre por el valle.

Estaba un poco conmovido el general. El montón de tierra no cesaba de crecer y un cuarto de hora más tarde el obrero estaba hundido en la zanja hasta las rodillas. Salió para descansar unos minutos, mientras otro de sus compañeros sacaba a paladas la tierra que él había removido con el pico; luego volvió a meterse en el hoyo.

Alta en el cielo, una bandada de gansos volaba sobre ellos.

Un campesino solitario pasaba por la carretera llevando un caballo de las riendas. Ignoraba al parecer los menesteres a que se dedicaban, porque les voceó:

—¡Buen trabajo!

Ninguno de los del grupo que rodeaba la fosa le respondió, de modo que el campesino continuó su camino.

El general contemplaba alternativamente la tierra removida y las caras de los trabajadores albaneses, tranquilas y graves.

¿Qué podrán estar pensando?, se preguntó. Estos cinco hombres van a extraer de sus tumbas a todo un ejército.

Pero no logró sacar ninguna conclusión de las expresiones de sus rostros. Dos de ellos encendieron nuevamente un cigarrillo, el tercero continuaba chupando su pipa y el otro, el más joven, siempre apoyado en el mango del pico, seguía con la mirada ausente.

El de más edad, ahora hundido en el foso hasta la cintura, escuchaba las indicaciones del experto. Después de un rato de conversación reanudó su tarea.

—¿Qué dice? —preguntó el general.

—No lo he oído bien —respondió el cura.

Todo el grupo guardó un silencio de funeral.

—¡Menos mal que no se ha puesto a llover! —exclamó el cura.

El general alzó los ojos. El horizonte se encontraba por todas partes sumergido en la bruma y no podría decirse con certeza si lo que se erguía a lo lejos, muy lejos, eran las cimas de las montañas o formas de la niebla.

A medida que cavaba, el obrero se hundía más y más en la tierra. El general observaba su cabeza encanecida, que oscilaba al ritmo de los golpes del pico. Por el modo en que cavaba debía de ser el de mayor experiencia. Desde luego, de lo contrario no le habrían encomendado dirigir el equipo de cavadores que va a llevar a cabo las exhumaciones, se dijo el general. Habría deseado que cavara aún más deprisa, que las tumbas que-

darán abiertas cuanto antes y cuanto antes aparecieran todos los caídos. Estaba impaciente por que el resto de los obreros comenzaran también a cavar. Entonces él sacaría las listas, éstas se llenarían de pequeñas cruces rojas y cada una de ellas representaría a un soldado recuperado.

Los golpes del pico sonaban ahora profundos, como provenientes de las entrañas de la tierra. De pronto el general se sintió invadido por una inmensa alarma.

¿Y si el soldado no apareciera en el fondo de la fosa? ¿Y si los planos no fueran exactos y se vieran obligados a cavar dos, tres hoyos distintos para encontrar a cada soldado?

—¿Y si no encontráramos nada? —le dijo al cura.

—Tendremos que volver a cavar. Si es preciso, pagaremos el doble.

—No es cuestión de dinero. Lo único que importa es que los encontremos.

—Tenemos que encontrarlos —replicó el cura—. No puede ser de otro modo.

El general lo miró a los ojos, inquieto.

—Se diría que jamás se hubiese combatido en este lugar —dijo—, que esas vacas color café hayan estado siempre aquí, pastando plácidamente...

—Eso es lo que parece siempre más tarde —respondió el cura—, han pasado veinte años desde entonces.

—Es verdad, ha pasado mucho tiempo, y eso es precisamente lo que me inquieta.

—¿Por qué va a inquietarse? —se extrañó el cura—. La tierra aquí es firme, y lo que guarda en su interior permanece en su lugar durante muchos años.

–Sí, así es. Pero ni yo mismo sé por qué no puedo hacerme a la idea de que ellos se encuentran aquí, tan cerca de nosotros, a sólo dos metros de profundidad bajo nuestros pies.

–Eso es porque usted no ha estado nunca en Albania durante la guerra –dijo el cura.

–¿Fue realmente tan terrible?

–Sí, terrible.

El viejo obrero estaba ya casi por entero hundido en la zanja. El pequeño círculo que componían los demás se había ido estrechando en torno a él. El experto albanés, con el cuerpo doblado por la mitad al borde del foso, no cesaba de dar instrucciones al tiempo que hacía señas con la mano.

La tierra estaba repleta de menudos guijarros que emitían un sonido opaco al chocar con el metal del pico. El general recordaba fragmentos de relatos de los veteranos que acudieron a su casa antes de la partida, interesándose por las tumbas de sus camaradas caídos en Albania.

Mi bayoneta chocaba con las piedrecillas y al frotar contra ellas producía un ruido escalofriante. Yo rasgaba el barro con toda la fuerza de que era capaz, pero mi improvisado instrumento era impotente frente a la tierra. Arrancaba trabajosamente un puñado de barro y me decía con pesar: ¡Ah, si hubiera estado en el cuerpo de ingenieros, tendría una pala y podría cavar más deprisa, deprisa, deprisa! Porque allí cerca, con las piernas colgando dentro de una zanja llena de agua, estaba tendido boca abajo mi mejor camarada. Cogí también la ba-